

La literatura como necesidad vital y acto de comunicación: Entrevista con el escritor mexicano Luis Álvarez Beltrán

A literatura como necessidade vital e ato de comunicação: entrevista com o escritor mexicano Luis Álvarez Beltrán

Beatriz C. Rodriguez¹

Introducción

Luis Álvarez Beltrán, considerado una de las voces más significativas de la narrativa contemporánea en el norte de México, ha desarrollado una obra literaria que se erige como testimonio y memoria de los territorios fronterizos y del desierto sonorense.

Álvarez Beltrán (Heroica Caborca, Sonora, 1972) es escritor y promotor de la lectura. Desde 2002 ha desarrollado una trayectoria sostenida con la publicación de seis libros de cuentos, una novela y un volumen de crónicas. Ha sido galardonado en los certámenes: Colección Editorial del Centro Cultural Tijuana (2015); Programa Editorial Sonora (2017 y 2019) y el Concurso del Libro Sonorense (2023).

Sus textos, al situarse en geografías atravesadas por la dureza climática, la violencia estructural y la movilidad constante, permiten visibilizar dinámicas históricamente silenciadas. Más allá de la descripción territorial, su escritura despliega una dimensión simbólica en la que el desierto y la frontera funcionan como espacios de resistencia y construcción de memoria colectiva.

En 2024, Álvarez Beltrán obtuvo el Concurso del Libro Sonorense con su obra de crónica *Vidas cruzadas* y fue distinguido con el Premio Nacional de Fomento a la Lectura *México Lee* por su labor en la mediación cultural. Entre sus títulos más destacados se encuentran *Tijuaneados* (2002, reedición 2016), *La acequia honda y otros relatos* (2008), *El tiempo de la uva* (2009), *Trotamundos* (2020), *Así es ella y otras imaginaciones* (2022), *El*

¹ Arizona State University (ASU).

amor y otros pecados (2023), *La barbarie y la plaga: Canasta de cuentos del desierto* (2024) y *Vidas cruzadas* (2024).

Paralelamente, su labor como promotor de la lectura le hizo merecedor del Premio Nacional de Fomento a la Lectura *México Lee* (2014). En conjunto, su obra constituye una propuesta estética y política que, desde los márgenes, interpela problemáticas de alcance universal.

En Luis Álvarez Beltrán la escritura no es oficio ni disciplina: es una urgencia vital. Desde que comenzó a escribir, la palabra se convirtió para él en un acto inseparable de la lectura de otros. No concibe el texto sin lector; la literatura, para él, existe en el circuito inevitable de escritura, lectura y respuesta. Esa ansiedad por ser leído no nace de la vanidad, sino de la necesidad de saberse en diálogo, de confirmar que el poema o el relato tienen la fuerza de tocar a alguien, aunque sea en lo más mínimo.

Su camino fue arduo y solitario. Entre fanzines estudiantiles, revistas efímeras y portales digitales, tejió un recorrido persistente que, con el paso de los años, le permitió publicar ocho libros en más de dos décadas. Como Bolaño en sus años más ásperos, buscó concursos, se aferró a la palabra y convirtió cada publicación en un pequeño triunfo contra el silencio.

Hoy, su escritura ha tomado un cariz más íntimo y, al mismo tiempo, más vertiginoso:

Mi manera de vivir la literatura es escribir en cualquier momento del día, de la tarde, la noche o la madrugada y enviárselo inmediatamente a mis 200 contactos de mis redes sociales... tengo una imposible necesidad de comunicación y dialéctica [...] tener la esperanza de que alguien lo lea y me conteste algo para sentirme vivo, vigente, activo y para sentirme artista (Álvarez Beltrán).

Una práctica que él mismo reconoce como “patología escritural”, pero que lo mantiene en solidaridad y diálogo con el mundo. De esa compulsión nacieron libros como *El amor y otros pecados* (2023) y *Así es ella y otras imaginaciones* (2022).

Álvarez Beltrán es, en el fondo, un solitario que transforma la necesidad de compañía en literatura. Sus relatos, más que textos, son botellas lanzadas al mar del desierto sonorense, esperando siempre la respuesta de un lector que confirme, con su lectura, que la vida y la escritura todavía tienen sentido. Actualmente el autor radica en Caborca, donde combina la escritura con la vida familiar al lado de sus hijas gemelas, Sara y Sofía.

Desde hace varios años participo, y desde hace décadas lo han hecho investigadores y profesores —en particular la universidad Arizona State University— que cruzan la frontera del desierto para formar parte de las Jornadas Binacionales de Literatura Abigael Bohórquez. Este encuentro, organizado por la Universidad de Sonora junto con diversas instituciones, constituye un espacio singular de diálogo transfronterizo donde confluyen voces, miradas y memorias.

Más que un evento académico, estas jornadas se han consolidado como una celebración de la palabra y de las múltiples formas en que la literatura, el arte y la cultura se expresan y se renuevan. En ellas, estudiantes, escritores, artistas y promotores culturales se dan cita para compartir, confrontar y expandir horizontes, reafirmando que la literatura no conoce límites geográficos, sino que se nutre de la circulación de ideas y de la fuerza simbólica de la frontera misma.

Fue en ese ámbito, hace dos años, cuando tuve la fortuna de conocer a Luis Álvarez Beltrán. Lo vi detrás de una mesa modesta, ofreciendo libros de distintos autores, como quien custodia tesoros anónimos. Me acerqué, hojeé algunos ejemplares, y pronto descubrí que aquel hombre, de semblante discreto, era en realidad el prolífico narrador de relatos intensos y luminosos, forjados en las geografías ardientes del norte.

La entrevista que aquí se comparte se gestó a través de un ir y venir de correos electrónicos durante una semana. Un diálogo pausado, casi epistolar, en el que el escritor abrió su universo creativo con la misma naturalidad con la que otros escriben un diario íntimo o una carta destinada a permanecer en la memoria.

¿Cuéntame un poquito de tu niñez?

Hablar de mi niñez sería escribir una respuesta más larga que todos mis libros. Crecí en un barrio pobre, de calles de tierra. Todas eran familias de clase media baja o baja. Todas las familias tenían muchos hijos, sobre todo varones, y eran ese tipo de familias en que el papá salía a trabajar todos los días y las mamás se quedaban en el hogar limpiando, haciendo la comida y criando a los hijos. Soy el octavo de doce hermanos. Mis padres engendraron ocho hijos varones consecutivamente y yo fui el quinto de ellos. [...] Prácticamente crecí en la calle; pero desde muy chico la vida me enseñó que se podía tomar el camino del bien o del mal, porque desde los nueve años miré como mis hermanos y amigos caían en la drogadicción, el crimen y la deserción escolar. Quise y me gustó enfocarme en los estudios escolares, el deporte en la forma del futbol y de alguna manera la religión, asistiendo todo el año a los oficios católicos de nuestra parroquia, hasta que el sacerdote insistió en que me metiera al seminario para convertirme en uno de ellos. Entonces me retiré del templo lo más lejos que pude. Puesto que tenía hermanos ejemplares y hermanos ovejas negras, me fue fácil distinguir cómo podría tener una buena vida o una vida llena de problemas y penas. Entonces seguí el camino del estudio hasta convertirme en adulto. En ese largo proceso, mi carrera de futbolista tuvo mieles y amarguras, hasta convertirse en un sueño que dejé ir cuando cumplí veinte años. Desde los

seis años hasta esa edad, el futbol me hacía feliz. Era lo que me hacía abstraerme de los problemas familiares.

¿Desde cuándo y cómo empezaste a escribir?

Cuando tenía once años, en una clase de quinto grado de primaria, escribí cuatro estrofas rimadas dedicadas a Don Benito Juárez, la maestra las leyó y le dijo al grupo que me dieran un aplauso. A mí me dio tanta vergüenza que me escondí debajo del pupitre como si se me hubiera caído mi lápiz. Desde entonces, de manera inconsciente atisbé que podía hacer cosas con las palabras, con el lenguaje. Uno de mis hermanos mayores, Noé, era muy letrado y elocuente desde muy jovencito. Seguramente que escuchándolo a él y a los líderes de opinión que hablaban en la televisión, me fui haciendo de un vocabulario por encima del promedio de los de mi edad. Nunca en mis primeros veinte años consideré la posibilidad de escribir formalmente y para mí era impensable tomarme en serio prepararme para ser escritor.

México, al igual que gran parte de América Latina, sostiene un récord sistemático de profundas desigualdades socioeconómicas: la concentración de la riqueza en manos de una minoría contrasta con la lucha cotidiana de la mayoría por cubrir sus necesidades básicas. A esta brecha se suman la guerra contra el narcotráfico y la compleja red de violencia orquestada por el crimen organizado, tanto nacional como internacional. En medio de este panorama de horror — desapariciones, impunidad, crímenes sistemáticos y un verdadero escenario de violencia estructural — surge una pregunta inevitable: ¿cómo es escribir en Caborca, Sonora, sobre problemáticas tan candentes y dolorosas como las que atraviesan tu obra?

Antes padecíamos la dictadura del PRI y los periodistas y los partidos de oposición sufrián por la censura y la falta de espacios; pero la democracia se fue abriendo espacio gracias a la lucha de todos y a la evidencia de los muchos excesos y errores del régimen anterior. El problema del narcotráfico en México nació o surgió hace cien años, pero se convirtió en un monstruo inmanejable a partir de los años 90s. En todo el siglo XXI el gobierno y sus instituciones han sido claramente rebasadas por el problema. En México existe desigualdad social, pero las crisis económicas dejaron de ser como las de 1976, 1982, 1987 y 1995. Cinco millones de mexicanos dejaron la pobreza extrema gracias a los programas del bienestar y, por lo demás, las remesas del extranjero son una fortaleza para la economía interna desde hace más o menos 20 años. El cáncer que sufre México en la actualidad es el del crimen organizado y está enraizado en cada rincón de nuestro país, entonces, combinado con la impunidad y sobre

todo la pérdida de la soberanía territorial en puntuales regiones de la república ante grupos del crimen, cambia completamente la condición del sentir de la población con respecto cómo se vive en México o el riesgo que sufrimos.

Escribir sobre esos temas es un deber ser, no como una búsqueda comercial, no con el objetivo de encontrarse en el centro de la temática literaria de vanguardia, sino por los elementos humanos que aglutina, porque si encuentras una noticia sobre un feminicidio y te revuelve las entrañas, o si ves el drama de las madres de los desaparecidos, si ves la muerte de inocentes o sientes directamente la psicosis de lo que sucede en una lucha por un territorio, por pequeño que sea, ni el escritor ni el pintor ni el dramaturgo ni el poeta siquiera, pueden cerrar los ojos a algo que cancela u horada, transgrede o trastoca a la humanidad misma. Los escritores somos la otredad, la conciencia, y finalmente el registro de lo que la comunidad vitalmente siente, sufre, enfrenta y deseablemente supera. Los retos y los riesgos que enfrenta el México de hoy y desde hace muchos años, mantiene a los escritores en un constante estado de zozobra existencial porque es anormal, es antinatural vivir en medio de la violencia, la muerte y el vacío infinito de una desaparición.

¿Podría decirse entonces que la mirada y el registro o memoria que mencionaste son los mecanismos más importantes en tu obra?

Creo que en 23 años de ejercicio de escritura necesariamente han ido variando y cambiando mis mecanismos. Me concibo un escritor todo terreno, por lo menos versátil. Novelista, cuentista, ensayista, cronista literario, poeta de closet, con el agregado o consubstancialidad de buscar la poesía dentro de la prosa; y en un examen al vuelo sobre mis mecanismos, en ellos domina la transmisión y la comunión de sentimientos, vivencias, algunas épicas regionalistas y después sí, la mirada crítica de fenómenos sociales o de contexto; y la memoria como arma o herramienta creativo tanto para narraciones históricas formales relativas al país, el Estado, la región o el microcosmos de mi pueblo-ciudad, y por otro lado la memoria individual de la experiencia vital y sensitiva de vivir. En ese sentido, mis lectores fácilmente identifican mis historias, sean cuentos o crónicas, con mi historia de vida porque recurrentemente marchan de la mano, paralela o entrecruzadamente por medio de la autoficción o las alegorías que nos permite la narrativa. Me gusta pensar que mis mecanismos de escritura más importantes son el libre juego del lenguaje, una imaginación lo más juguetona y osada posible; pero cuando se trata de literatura de agenda histórica o social, hay que ceñirse a describir una realidad a ultranza, con pelos y señales, como dicen.

De tu más reciente libro, *La barbarie y la plaga* (2024), el relato “Micaela y el amor” me conmovió profundamente. Tu capacidad para narrar el horror del feminicidio se entrelaza con la belleza de la perseverancia, dejando sentir la fuerza inmensa de la heroína. Micaela se eleva al mito cuando emerge de la fosa para sobrevivir. ¿Cómo fue para ti trabajar con este personaje y qué horizontes narrativos te abrió?

Alguien sostiene la idea de que un cuento es una epifanía. Otros dicen que un cuento relata dos historias, la que aparenta la trama y la que se esconde en las interpretaciones del lector, pero que el autor sugiere soltando ciertas pistas o signos. *Micaela y el amor* se trata de una violación múltiple y un feminicidio. Pero se trata también de mucho más, los primeros párrafos del texto parecen anticipar otra cosa, más dulce, más feliz, el lector se coloca en un plano de amor romántico y de una historia de vindicación de una buena mujer. Después viene el error y esta épica de la que hablas. El cuento se escribe y surge a propio riesgo y no tiene garantías de nada hasta que cobra forma en los detalles, las frases, las imágenes. Deseablemente, el cuento intenta o logra colocarse en el plano de dos límites o extremos: uno de ellos es el horror y el evento indecible, inconcebible e insufrible de una violación múltiple y un feminicidio crudo, ambas cosas perpetradas de manera inhumana, animal, de una psicosis enferma totalmente incomprendible e injustificable; y el otro extremo o límite, porque lo permite la literatura, es la improbable e increíble supervivencia, como un ave fénix desértico y maltrecho, la reivindicación del ser, el encuentro azaroso y milagroso de la ternura y la esperanza, hasta sugerir una flor que derriba todo argumento de derrota y de muerte.

Tal vez *Micaela y el amor* es un logro inesperado, uno de mis cuentos más queridos y uno de mis cuentos más odiados y aborrecidos por mis lectoras femeninas y en general. Es un texto violento e incorrecto, no apto para almas o espíritus sensibles; yo mismo me arrepiento de que muchos lectores tengan que sufrirlo y sí yo lo he recorrido veinte veces, no recuerdo una sola ocasión en que no me haya quebrado de dolor y de llanto.

Este trabajo creativo lo escribí de un solo tirón en un lapso de una hora en un ejercicio de un taller que yo mismo estaba impartiendo, seguramente entre 2017 y 2020, ahora no lo tengo claro. Después lo fui apuntalando, gracias al apoyo de mi estupenda tutora, Verónica Murguía, que lo leyó y detectó sutilezas que podían mejorarlo. *La barbarie y la plaga*, Canasta de cuentos del desierto, tuvo una lectura primigenia por parte de mi colega sonorense Antonio Berumen, que escribió el exordio de contraportada, que me animó a publicarlo definitivamente con los seis relatos que incluye y sí creo que son una miscelánea de historias que encuentran acomodo temático en lo que el libro se propone. Un cuentario desde lo contemporáneo del

desierto mexicano y estadunidense donde confluye esa fenomenología muy violenta que todos identificamos y constatamos.

Has demostrado una maestría en el arte de la ambigüedad narrativa, cuestionando con agudeza las nociones oficiales y provocando reflexiones mordaces a partir de situaciones aparentemente cotidianas, como se aprecia en relatos como “Donante de genes”, “Cero Decibeles”, “Gente que escribe libros” o “Aspavientos”. ¿Por qué esa insistencia en interpelar lo establecido? ¿Te asumes como un disidente o lo has sido desde siempre?

En el mundo de hoy y en el mundo literario desde Víctor Hugo y Oscar Wilde, desde un gran sector de la literatura del siglo XX, es indispensable la provocación. El hecho de haber estudiado un semestre de arte contemporáneo y actual en el Centro Nacional de las Artes de México, cambio mi perspectiva de la creación desde dos aspectos: la problematización de los temas, es decir, no puedes abordar un tema social o cultural y dejarlo tal como está u ofrecer una lectura tal como se halla social o generalmente aceptada. La incorrección política se vuelve un ingrediente que condimenta los textos en mayor o menor grado y, en ese sentido, el lector encuentra una sorpresa o un elemento de incomodidad. El escritor espera que tal ingrediente juegue en favor del relato y del resultado global de la experiencia lectora. El segundo elemento por considerar es, desde luego, tomar partido en contra de lo que no se cree, en contra de la involución o la regresión social que priva en muchos temas, en muchas regiones, en muchas inercias y tendencias que dan al traste con la justicia, con la democracia, con el medio ambiente, con la paz. No puedo encasillarme en la figura de un escritor político o disidente porque mi obra no ha trascendido para ello y porque los que me leen y me conocen como autor saben que mis registros creativos comprenden de la misma manera las agendas histórico-sociales, como ficciones desenfadadas que nunca se sabe dónde van a acabar.

Nos introduces en una atmósfera profundamente visual y descarnada, que revela la pobreza, la violencia y la desesperación de personajes atravesados por el tipismo del norte de México. En tus relatos se entrecruzan no solo las fronteras geográficas, sino también los límites entre la ficción, lo real y lo inverosímil, como ocurre en “Postrimerías (o vivir en la sombra)”, “El negro desierto” o “Perseguir a los muertos”. ¿Qué otros recursos formales utilizas para dotar a tus textos de coherencia interna y de una perspectiva explícita que guíe al lector en medio de esa complejidad?

Me parece que mucha parte de eso es conocer la historia reciente y tener en un puño los elementos de la realidad que conforman la fenomenología y la problemática que de suyo lleva

violencia, horror, absurdos y ese lado espermético del crimen organizado y la política. Esto es, la realidad del México del siglo XXI, del norte de México, de la región del Desierto de Altar, y todo lo que tiene que ver con la frontera, te da para dar escribir cien libros.

No sé de recursos formales. Siempre he creído que, para ser escritor, todo lo que escribes lo debes escribir de una forma que nadie más lo haría. Tal vez esa búsqueda básica crea inconscientemente los elementos peculiares que tú identificas en todos los relatos que mencionaste y que efectivamente llevan esa intención velada y manifiesta al mismo tiempo.

Háblanos de tu relato “Half a World Away”, del anonimato y la música como parte importante en algunos de tus textos. ¿De qué forma la trabajas en relación con la historia?

No puedo vivir sin la música. La música de mi vida narra mi biografía sentimental. Le dediqué todo un libro al disco Out of Time, de REM, canción por canción, el libro se llamó Ficticia Out of Time: Tributo Literario a la Banda de Rock Alternativo REM. Es literatura inadjetiva. No corresponde a ningún género. No es cuento, no es poesía, no es novela, no es ensayo, no es crónica, es un flujo rítmico de versos escritos en párrafo que sugieren un viaje a algo parecido a lo que la música y sus letras expresan. El texto de Half a world away o a medio mundo de distancia habla de una honda soledad, de un total anonimato de lo que se es, de lo que se vive, de lo que se hace y de lo que se siente. Es estar fuera del mundo. Le tengo un amor tan grande a ese texto como a la vida misma, como a la juventud que tuve y a la mujer que amaba en ese instante y quien estaba a medio mundo de distancia.

Desde tu perspectiva como escritor, ¿cómo percibes la situación actual del cuento mexicano contemporáneo y hacia dónde crees que se encamina?

Creo que el cuento mexicano e hispanoamericano en general está viviendo su mejor época, lo cual va a ser bien visto muchos años después. En décadas pasadas, había autores de culto, vacas sagradas, Onetti, Borges, Cortázar, Rulfo, Ribeyro, Fonseca, Arreola y varias mujeres muy importantes también como Amparo Dávila, Elena Garro, a quien redescubren cada día más con gran justicia; lo que trato de decir es que había un gran dogma por los autores, la herencia de Quiroga, García Márquez y otros; pero ahora se ha multiplicado el número de autores sin demeritar la calidad. Ecuador, Bolivia, Paraguay y todos los países tienen autores, especialmente mujeres que hablan de esa riqueza creativa literaria actual y México forma parte de ese nuevo boom cuentístico con Guadalupe Nettel, Eduardo Antonio Parra, Vicente Alfonso, Imanol Caneyada, Liliana V. Blum, Cristina Rascon Castro, Carlos Velázquez, Federico Vite, Antonio Ramos Revillas, son incontables los cuentistas talentosos de la anterior y de la presente

generación en México, más democratizada la presencia editorial y mucho de ello es gracias a autores que se dieron a conocer por concursos convocados desde los ministerios de cultura estatales y federales.

¿Ha cambiado la violencia en Caborca con la entrada del nuevo gobierno con la presidenta Claudia Sheinbaum Pardo?

Los reacomodos de los grupos del crimen organizado en todo el territorio nacional son constantes y eso debe responder a cuestiones de imposición de fuerza entre ellos, de forma que la focalización del problema se va desplazando conforme la coyuntura de cada región. Sea Michoacán, Baja California, Chihuahua, Tamaulipas, ahora Sinaloa, antes Zacatecas, siempre Chihuahua, Guerrero y ahora también en los pueblos de Chiapas. Pero ha habido un cambio importante este sexenio en la política de la lucha contra el narco y lo que ha sido un factor mayor ha sido el Gobierno de Donald Trump y sus exigencias para el logro de resultados. Si se le preguntara a cualquier ciudadano de la calle, esta ciudad está más tranquila en este año 2025 de lo que lo estuvo en todo el periodo 2020-2024, por lo que podemos estar un poco más tranquilos hoy.

¿Cuáles o qué son tus proyectos literarios? ¿Cuáles son tus proyectos literarios actuales y hacia dónde se orientan tus líneas de creación en el futuro inmediato?

En el corto plazo, por la obtención de una beca para creador, estoy escribiendo un libro de crónicas llamado La muerte de un país: La guerra en tiempo real. Esta obra debe quedar bien terminada en marzo de 2026 y ahora lo veo como uno de los retos más grandes de mi carrera de escritor. Deseablemente lo sacaré adelante.

En mi cabeza ronda escribir una novela que no he podido concretar ni realizar en muchos años y que representa al mismo tiempo mi ilusión más grande en el campo creativo y por ahí otro libro de cuentos, porque esos me brotan y surgen de mi cabeza casi todos los días y debo admitir que es el único género del que soy “naturalmente” capaz. El cuento es mi elemento y pobres de mis lectores, ellos no tienen la culpa.

¿Para quién escribe Luis Álvarez Beltrán y qué impulsa su escritura?

Escribo para ser yo mismo. Escribo para vivir, para que mis hijas vivan, coman y estudien. Escribo para ser alguien porque si Dios me dio talento, y sólo uno, esa es mi forma de agradecerlo. Me debo a mis padres y me debo a mis dos hijas y el hecho de ser escritor me hace buscar ser un buen escritor. Puesto que no pude ser futbolista profesional, ni ingeniero ni

maestro ni político ni periodista ni comunicador ni nada, entonces no me quedó de otra que convertirme en escritor... porque es el único don que he podido desarrollar. He sido feliz siendo escritor y he sufrido mucho, he fracasado mucho, he llorado mucho, he dejado todo ahí y bueno, en los últimos años el saldo no ha sido tan malo. La literatura te ofrece algo que ninguna otra cosa: La infinitud de la expresión, la infinitud de la imaginación, la poesía en todas sus formas y viajar y volar y crear universos con solo la necesidad de eso que se encierra detrás de nuestra frente y arriba de los ojos, que se llama cerebro y tengo a bien usar gracias a Dios.

Referencias bibliográficas

Álvarez Beltrán, Luis Fernando. *La barbarie y la plaga: Canasta de cuentos del Desierto*. Editorial garabatos: Sonora, México: 2024.

Álvarez Beltrán, Luis Fernando. *Vidas cruzadas*. Editorial Nitro Press: México: 2024.

Álvarez Beltrán, Luis Fernando. *El amor y otros pecados*. Editorial Mamborock, México: 2023.

Álvarez Beltrán, Luis Fernando. *La cequia honda*. Editorial Instituto Sonorense de Cultura: México:2008.

Álvarez Beltrán, Luis Fernando. *Tijuaneado*. Editorial Centro Cultural Tijuana: Baja California, México: 2016.

ISSN: 1984-4921

DOI: <http://dx.doi.org/10.18226/19844921.v17.n39.12>

Entrevista de autora convidada.